

TERCERA MIRADA A JESÚS DESDE EL EVANGELIO DE SAN MATEO

P. Fidel Martínez Ramírez

Antes te cuento que Mateo, o Leví, es natural de Palestina. Cobrador de impuestos y luego apóstol. Nos encontramos con alguien que conoce a Jesús personalmente, su mirada a Jesús la trasmite a personas que conocen la historia del pueblo de la Biblia, por lo tanto nos presenta a Jesús plenamente arraigado en esa historia.

Su primer “flash” es sobre el origen humano de Jesús y enseguida su origen divino. Primero: Hijo de David e hijo de Abrahán y se le llamará “Cristo” (1, 16), el Mesías del verdadero Israel. Lo segundo: hijo de María por obra del Espíritu Santo y se le llamará “Jesús”, el Salvador de su pueblo; también se le llamará “Emmanuel”, porque – resucitado - vivirá entre nosotros.

Jesús es, desde esta mirada, como un segundo Moisés. Liberado en otro tiempo de las manos del faraón, sube al Sinaí para luego entregar la ley; liderando al pueblo hasta la tierra prometida. Jesús, el otro Moisés, escapando de las manos del rey Herodes, sube al monte de las beatitudes, dando sus ocho mandatos o bienaventuranzas y forja la nueva comunidad o Iglesia y la conduce a la Jerusalén celestial.

Una pose de Jesús en este evangelio, es la de Jesús enseñando. El maestro, que enseña, “como quien tiene autoridad y no como los escribas” (7, 29). Jesús es el maestro que enseña y pone en práctica. Sus maravillosos cinco discursos son como quien toma al alumno de la mano y lo va conduciendo hasta la cumbre de la montaña. Comienza por llevarnos a vivir encima de la ley, con la justicia del amor. Su *discurso de la montaña*, con sus ocho preceptos, nos llevarán a vivir como “sal”, como “luz” y como “gloria de Dios”; “y el Padre que ve lo secreto, te lo recompensará”. Su instancia es esta: en todo acto de amor a los hermanos, debes tener en cuenta al Padre.

Jesús, el querido maestro, mi Rabí, me va enseñar el Reino de los cielos para vivirlo en una gran comunidad, la Iglesia; a eso llama (c.c. 8 y 9): a vivir con Él y como Él en su discurso a sus Apóstoles (cap.10). ¿A dónde hay que ir a trabajar? ¿Cómo hay que ir, y que hay que llevar?...y a esto se debe añadir la gratuidad en el trabajo; todas estas cosas, y más, serán las exigencias de su Reinado, que enseguida en su bellissimo discurso de las 7 parábolas más una (cap.13), nos va a ir concretizando mejor sus exigencias. El Reino, es un Reinado humilde y oculto, pequeñito en cantidad; como un poco de levadura, como el grano de mostaza, como el grano de trigo; pero de una gran calidad, como la perla preciosa y como un tesoro escondido. Su llamado a realizar la comunidad va precedido de su llamado a Pedro, que camina sobre las aguas, que confiesa que Jesús es el “Hijo de Dios, el Mesías esperado” y Jesús que lo confirma como la piedra fundamental de esa gran comunidad o Iglesia. Pedro, el que sube al monte de la transfiguración y el que ya desde ahora ha de pagar el impuesto por todos los que han de formar este nuevo pueblo; pueblo, que para su “caminada”, ha de alimentarse con un Pan que - multiplicado - alcanza para todos, hasta para los paganos, representados en una mujer siro-fenicia, postrada como los perritos esperando las migajas que caen de la mesa de su Señor (cap.14).

El discurso a la comunidad (cap.18), será el de Jesús pronunciado fuerte y poderosamente

hacia la fraternidad.

La comunidad será la viña a donde habrá que ir a trabajar; podremos decirle al dueño, al padre, al mayordomo, que tenemos la disponibilidad para ir a trabajar, sin importarnos el denario, la paga; porque sólo bastará trabajar para el Reinado. Que de paso te digo, que ésta es la obsesión de Jesús, porque en este evangelio, nos lo deja saber, hasta 56 veces.

Jesús tendrá una característica de dureza, dado que habla a los judeo-cristianos del pueblo del Libro, a los judíos, a los fariseos que se oponían fuertemente al Mesías y su proyecto de Reino. Él es el Hijo del hombre que vendrá al final de los tiempos para juzgar a cada uno según sus actos. Él es el Hijo de Dios vivo: "Con gran majestad, viniendo en su gloria acompañado de todos sus Ángeles, sentado en su trono", separando al cordero del cabrito, al bendito del maldito, colocando a unos a la derecha y los otros a la izquierda; unos caminando a la casa del Padre; los otros, al castigo eterno: porque su secreto se encierra en una buena o mala comunicación. Porque desnudo y me vestiste; porque hambriento y me diste de comer; porque solo y enfermo y me visitaste; "¿Cuándo Rey mío, Maestro mío te vimos enfermo, desnudo, solo, hambriento y encarcelado?"; "Lo que hiciste con uno de éstos, a mí me lo hiciste y cuanto dejaste de hacer por uno de estos pequeños, a mí me lo dejaste de hacer" (Mt. 25, 45). La suerte del hombre, se resolverá en una buena o mala relación con el hermano. "En el atardecer de la vida seremos juzgados en el amor" dirá S. Juan de Cruz.

Este Jesús, Maestro del vivir, este Mesías esperado, este Hijo de Dios resucitado, nos espera para vivir el cumplimiento del Reino en la casa del Padre con todos los hermanos.

VENTANA

LA FUERZA EXPLOSIVA DE LA EUCARISTÍA

Alguien dijo y me parece razonable "A Jesús lo conocemos amándolo, más que pensándolo".

La primera impresión y reacción del anuncio de la Eucaristía, no es de entusiasmo o buena acogida, es de rechazo, reproche y huida.

Estamos en la Sinagoga de Cafarnaún siguiendo todo el relato del Capítulo VI del Evangelio de San Juan. Este capítulo se nos presenta en dos momentos de desilusión y con reacciones violentas. La primera reacción cuando Jesús "dándose cuenta que intentaban tomarlo por la fuerza para hacerlo rey, huyó de nuevo al monte él solo" (6,15). La segunda gran desilusión fue en la Sinagoga de Cafarnaún. Ahora no sólo de los apóstoles sino también de las gentes. Allí ya no es ante la propuesta de ellos, es ahora la propuesta de Jesús: "Yo soy el pan de vida... el que venga a mí no tendrá hambre, el que crea en mí no tendrá nunca sed.... El pan que yo les voy a dar es mi carne, para la vida del mundo" (6,51). "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día" (6,54). Esto Jesús, según el Evangelio, se los dirá una y otra vez, hasta siete. La asamblea ante esta propuesta debió de alargar caras, fruncir frentes y mirar a Jesús con aspereza, esta verdad de Jesús los ha golpeado fuerte, "¿cómo puede éste darnos a comer su carne?". La huida es inminente y le dan la espalda.

La Eucaristía causó sorpresa, rechazo, desilusión. Jesús reta a los doce: "¿también ustedes quieren irse?". Pedro, el de los impulsos violentos, también sintió el golpe de su palabra,

pero sabe que Jesús nunca los ha defraudado, que siempre ha hablado con la verdad, y responde de inmediato: "A dónde quieres que vayamos? Sólo tú tienes palabras de vida eterna" (6,69).

El Jueves Santo, el pueblo cristiano contempla el momento dinámico de la Eucaristía cuando Jesús nos entrega su cuerpo, exponiéndolo a los golpes, a las espinas, a la cruz, a todo género de injurias: "este es mi cuerpo que será entregado por ustedes". Ahora contemplamos a este cuerpo de Jesús que se quedó en la tierra bajo la insignificancia de un pan para compartir nuestro camino, destino y vida... Jesús aquí es como el eco, como la prolongación de la encarnación, ahora se encarna en cada hombre que cree, ama y espera. Jesús en la historia de la humanidad se presenta frente a cada hombre como la "gran opción".

Cada cristiano que conoce a Cristo y aprende la lección de esta "hostia", pan insípido e insignificante, sabe que encierra una fuerza explosiva y revolucionaria que va al fondo de la persona transformando todo su ser. Todo cristiano que aprendió la lección y el reto de Cafarnaún y hace la opción por Cristo, sabe que Comunión que no hace comunión, es comunión perdida; es como algo que se tira a la basura; debe saber que después de estar en la Comunión con Él, que es la *cima del hombre*, tiene que salir más hombre, más responsable, más autónomo, más concreto y definido. Sabe que después de estar con el Salvador del mundo, tienen que salir más salvador de su mundo, de su trabajo y de su familia. Quien recibe al Mesías tendrá que salir más mesías, más redentor. La Eucaristía es explosiva, San Pablo lo advierte en su primera Carta a los Corintios (11.2): "Por tanto, quien coma el pan y beba la copa del Señor sin darle valor, tendrá que responder del Cuerpo y la Sangre del Señor... Examínese cada cual antes de comer el pan y beber la copa, porque el que come y bebe sin apreciar (valorar) el cuerpo, se come y bebe su propia sentencia". Jesús o revoluciona o no es nada; o cambiamos y vamos tras el hermano enfermo, necesitado y desprotegido y le damos la mano o Jesús tiene que convertirse en reclamo y sentencia de condena para cada uno.

La Eucaristía será también, como todo Sacramento, liberador. Nuestro contacto con Jesús nos debe llevar a la liberación plena. Otra vez: si al contacto con este Cuerpo liberador, yo no salgo más liberado y liberador, Jesús no está revolucionando mi vida.

La "hostia" es revolucionaria y explosiva. Sin este entendimiento, Jesús en la Eucaristía no podría ser la *gloria* de su Padre, que quiere que todos los hombres sean uno, seamos comunión, como el Padre y el Hijo son uno, son Comunión. La revolución de nuestro mundo y su cambio o lo debemos a este Dios desprotegido, minimizado, hecho pan, abandonado a la suerte y opción de los hombres o no hay nada. Es Él quien tiene que revolucionar la vida de los hombres hasta que lleguemos a entendernos como hermanos, sin egoísmos, sin resentimientos y haciendo buen uso de nuestra libertad. Esta explosión de Cristo en la *hostia* la tenemos que realizar nosotros los hombres con este Dios en el corazón. Con este injerto divino en nuestra pobre carne, con esta fuerza, con esta energía y vida de un Cristo muerto y resucitado en nuestro pecho, nuestra vida será una vida activa, positiva, dinámica y revolucionaria.